

en la sombra de la muerte del pecado; y para dirigir nuestros pasos por los senderos de la justicia y de la paz." 1

57. He concluido, hijos míos, esta instrucción, mas extensa de lo que yo quisiera, sin embargo de haberme reducido á presentaros la materia bajo su punto de vista mas general. Ved pues cómo todo el Antiguo Testamento no tiene mas objeto que á nuestro Señor Jesucristo, ya refiriendo las repetidas promesas que Dios vino haciendo á los Patriarcas, de enviarles un Redentor, ya determinando sucesivamente cuanto era necesario para preparar las naciones á reconocerle, ya dando á conocer pormenorizadamente una serie de personajes ilustres que fueron la figura del Mesías, y que á medida que se sucedían unos á otros, hacían erocer mas y mas la semejanza, ya recordando aquellas instituciones, aquella lei, aquellos acontecimientos que venían á ser como el bosquejo del Mesías, ya por último, conservando íntegramente la historia de los profetas y sus libros, en que se contienen todos los anuncios de Jesucristo, hechos de muchos siglos atrás, continuados en un órden maravilloso y exactamente cumplidos. Tal es la conducta de Dios para con los hombres, hijos míos, tal su solicitud y empeño para preparar la grande obra de la redencion, tan sólidas así las pruebas de todo género en que se funda la Divinidad de nuestro Señor Jesucristo, de su doctrina y de su Iglesia. Demos pues á Dios infinitas gracias por los esmeros de su misericordia y de su amor; por su infinita liberalidad, llevada hasta el extremo de darnos como Redentor á su mismo Unigénito; por la prontitud con que previno con sus promesas el corazón de la delincuente humanidad, que de otra suerte se habria desesperado; por su fidelidad en cumplirlas, preparando con tanta sabiduría y realizando la venida de su Divino Hijo; y digamos con Zacarías, inspirados por el reconocimiento y el amor, á fin de dar la bienvenida con todo el corazón al Mesías prometido en la Lei y en los Profetas: "¡Bendito sea el Señor Dios de Israel que ha venido á visitar y á redimir á su pueblo!" *Benedictus Dominus, Deus Israel, quia visitavit, et fecit redemptionem plebis suae.*

1 Pastoral del Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Cayetano Gómez de Portugal, dignísimo obispo que fué de Michoacan: obra póstuma que dejó para instrucción de los fieles. Cap. XXVI, Resúmen de las profecías.



PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMAQUINTA INSTRUCCION.

SOBRE LA ELECCION QUE HIZO EL SEÑOR DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA, Y LAS GRACIAS Y PRIVILEGIOS CON QUE LA HUBO ENRIQUECIDO, PARA QUE FUESE LA MADRE DE SU HIJO UNIGENITO.

Ave, gratia plena: Dominus tecum: benedicta tu in mulieribus.

Dios te salve ¡oh llena de gracia! el Señor es contigo: bendita tú eres entre todas las mujeres.—*Luc. cap. 1, v. 28.*

1 **D**ESPUES de haberos manifestado, hijos míos, las promesas de un Redentor hechas y repetidas varias veces por Dios á los hombres, fijado vuestra atencion en las semejanzas de muchos personajes ilustres de la antigua Lei con Jesucristo, para que reconociéseis en ellos otras tantas figuras del Mesías, recorrido aunque muy rápidamente los anuncios que vinieron haciendo por una serie de siglos los Profetas, y comprobado así cómo Cristo Señor nuestro es el verdadero Mesías, podía ya venir á la plenitud de los tiempos y mostraros en su exacta realizacion el grande acontecimiento, al Verbo de Dios hecho Hombre en las entrañas purísimas de María, y al género humano poseedor de Aquel que fijó la expectativa de las naciones desde la primera vez que fué anunciado á la humanidad. Repetidas veces os he dicho que el Hijo de Dios, es decir, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, fué precisamente quien se hizo hombre, y cómo, no por haberse hecho hombre, dejó de ser Dios, lo cual muestra en la Persona de Jesucristo á un Dios y hombre verdadero. Parece pues que podíamos ya venir al gran misterio, explicando el concepto encerrado en las siguientes palabras de nuestro manual catecismo: *¡Cómo se hizo hombre Nuestro Señor Jesucristo:—En el vientre virginal de nuestra Señora la Virgen María por obra del Espíritu Santo, quedando ella siempre Vir-*

gen y verdadera Madre de Dios. Sin embargo, yo quiero detenerme todavía un poco en el camino que vengo recorriendo; y antes de llegar á la consideracion de tan alto misterio, creo muy debido poner espacio la consideracion en esta Virgen misma, como el templo santo, el tabernáculo angusto, el excelso y soberano trono preparado, desde la eternidad por la sabiduría, el poder y el amor de toda la Trinidad Augusta, para que fuese la primera residencia y posada del Verbo de Dios revestido de nuestra humanidad. Visitemos ántes el Palacio magnífico que ha de ocupar el Rei de los reyes, y despues de esto, ya podemos asistir á su digna, santa y misteriosa entrada. María es la escogida en la predileccion del Padre ingénito para ser en el tiempo y segun la carne la Madre de su Hijo Unigénito por obra del Divino Espíritu: toda la Trinidad tiene puestos sus ojos en María, desde que la redencion del mundo fué decretada. Venugamos, pues, amados hijos, á considerar á la Reina Madre, Reina de los cielos y de la tierra, Madre del Mesías, y Madre tambien por él de toda la estirpe delincuente.

2. Para llegar á conocer cuanto es dado á nuestra débil inteligencia, toda la perfeccion, toda la excelencia, todo el poder de esta criatura predilecta, ningun medio mas á propósito que fijar nuestro espíritu en aquella salutación misteriosa que la dirigió en su albergue solitario el Arcángel Gabriel, como Embajador del Altísimo, para mostrarla sus designios acerca de ella. El Santo Evangelio nos dice que este Arcángel, “enviado de Dios á una ciudad de Galiléa, llamada Nazaret, á una Virgen desposada con un varon, que se llamaba José, de la casa de David, cuya Virgen tenia por nombre María; habiendo entrado á donde ella estaba, la dijo: “Dios te salve ¡oh llena de gracia! el Señor es contigo: bendita tú entre todas las mujeres: Ave, gratia plena: Dominius tecum: benedicta tu in mulieribus.

3. Esta breve salutación, bien considerada, encierra tal tesoro de doctrina, tal copia de pensamientos, afectos de un órden tan elevado, que ciertamente no necesitamos salir de ella para contemplar toda la grandeza de María. Estas palabras han ocupado en todos los siglos á los mas esclarecidos maestros de la ciencia teológica: estas palabras han inspirado siempre á los oradores mas elocuentes del cristianismo: estas palabras han encendido siempre en un divino fuego el corazon de todas las almas piadosas: estas palabras, por último, son repetidas de un cabo al otro de la tierra, desde que resonaron en ella por la primera vez pronunciadas por el Angel del Señor á los oídos de la tierra Virgen de Nazaret. A la vista de una criatura en quien se estaban reflejando como en un espejo fidelísimo todas las perfecciones de Dios; de una criatura la mas excelente, la mas santa, la mas perfecta de cuantas habian salido de sus manos; de una criatura que no tenia, como el hombre, la segunda escala, sino que ocupaba el trono de la creacion, como la mas perfecta, la mas querida, la obra maestra y predilecta de todo un Dios; el enviado celestial se detiene absorto, y su primera idea, enunciada en estas palabras, *Dios te salve*, es al mismo tiempo la expresion del deseo mas natural, que es la perpetuidad é inmudidad absoluta de cuanto nos arrebató y admira, el tributo de vasallaje correspondiente á una Reina, y el acto de reconocimiento y veneracion á una superioridad incontestable. Mas ¡por qué Gabriel, aquel espíritu soberano y feliz que goza ya del sumo bien en la posesion de la gloria, y es uno de los personajes mas caracte-

rizados en la Corte del Dios vivo, pues pertenece á los siete que están de pie asistiendo inmediatamente ante el Trono de la Majestad Eterna, experimentó aquellas emociones tan graves á la vista de María, residente aun en la tierra? Porque divinamente enseñado por el mismo Dios, estaba mirando en ella su obra maestra, y con vista celestial contemplaba sus excelencias, sus grandezas y su rango. En efecto, así me parecen los conceptos de Gabriel, cuando medito en cada una de sus palabras y aun en el órden con que las enuncia. Despues de saludar á María, comienza por reconocerla favorecida con la plenitud de la gracia; ved aquí sus excelencias. Despues de saludarla *llena de gracia*, declara su intimidad estrechísima con Dios, diciendo: *El Señor es contigo*; hé aquí su grandeza. Por último, dando el paso desde la eternidad al tiempo, desde el cielo á la tierra, desde Dios á la humanidad, la contempla en sus relaciones con ésta, y declara sin vacilar que aquella Virgen es la Soberana de todos los hombres con estas palabras: *Bendita tú entre todas las mujeres*. Ahora bien, hijos míos, como todo en Dios está sabiamente dispuesto y perfectamente motivado, bueno es que busquemos en cada uno de estos tres órdenes la idea mas dominante, y tanto mas en tanto que, debiendo ceñirme á estrechos límites; no puedo recorrer en todos sus pormenores aquel cuadro vastísimo de perfecciones y de gracias. Esto supuesto, digo: que la excelencia principal de María, como una criatura de Dios, consiste sin duda en haber entrado á la vida sin la triste herencia de la primera culpa; esto es, en haber sido concebida sin pecado original, lo cual nos explica bien aquella plenitud de gracia que reconoció en ella el Arcángel: *Gratia plena*. Digo en segundo lugar: que la incomparable grandeza de María, aquella que la mostraba grande á todos los coros angélicos y la contenía grande en el fondo de toda la humanidad, consiste en las relaciones únicas que por su predestinacion para Madre del Verbo encarnado tenia con toda la Trinidad Santísima, y en aquella union estrechísima y dulcísima en que vivió incesantemente con su Dios; todo lo cual declaraba el mensajero celestial con estas palabras suyas: *El Señor es contigo*. Digo, por último, que lo que dió á María un rango supremo sobre toda la humanidad, fué aquel incremento que todas las gracias de Dios recibieron de ella por su eficacísima y constante aplicacion á fecundarlas en su alma; incremento tal, hijos míos, que coloca las virtudes de María sobre todas las virtudes de la tierra; y como la virtud, es decir, los efectos de la cooperacion de la naturaleza con la gracia, es el título con que Dios derrama sus bendiciones sobre el hombre, pues, como bien sabéis, la gracia crece por el ejercicio de las virtudes, clarísimo es que allí, donde haya mas virtudes y mas excelencia en éstas, habrá sin duda, porque tal es el órden de la gracia, mas bendiciones del cielo: esto es lo que manifestaba perfectamente bien el Arcángel Gabriel en aquellas palabras con que terminó su misteriosa alocucion: *Bendita tú entre todas las mujeres*.

I.

4. La Concepcion Inmaculada de María, que por espacio de muchos siglos figuró, amados hijos, en la creencia espontánea de la cristiandad, pues no fué declarada por la Iglesia un dogma de fe sino hasta el ocho de Diciembre de mil ochocientos cincuenta

y cuatro, día perdurablemente célebre en los fastos de la religion y del mundo, en que nuestro Santísimo Padre Pio IX al frente de un gran número de obispos pronunció, como Vicario de Jesucristo, el cásculo del Espíritu Santo, declarando ser un punto de fe católica el que María fué concebida sin pecado original; esta Concepcion, digo, es la primera y mas grande ciertamente de todas las excelencias con que una creatura podia aparecer á los ojos del Santo de los Santos: porque, así como el pecado es el mas terrible mal que se puede temer, así tambien la extension absoluta, universal y constante del pecado es el mas precioso bien que se puede desear. Bien sabéis, y os lo he repetido varias veces, que por el pecado vino el mal; que el pecado es la causa de todo mal; que el pecado precipitó al hombre desde la altura de su inocencia y de su gloria en el abismo de la mas horrible degradacion, le sometió al tiránico imperio del Demonio, avasalló su noble razon á los mas vergonzosos apetitos, rompió su alianza con el Eterno é introdujo la muerte en el mundo; que el pecado trajo consigo la mas absoluta impotencia para que se restablesen las relaciones entre Dios y la humanidad, en términos de que habria ésta perecido eternamente, si Dios con tanta liberalidad no hubiese puesto por sí mismo el remedio, concertando los empeños de su misericordia con los derechos de su justicia en la vida y sacrificio del Redentor que quiso enviarla para que la salvase; que el pecado, finalmente, vino á dar á todas las generaciones el carácter que han tenido, tienen, y no habrian tenido nunca sin él. ¡Qué cosa, pues, decidíme, mas excelente que la inocencia? ¡Que soberanía mas ennobrecida que la extension de la culpa? Una creatura, pues, que hubo arribado á la vida sin traer consigo ni aun la mas pequeña mancha de la enturbiaada corriente de su origen, era, por sin duda la mas excelente de todas, y con una excelencia incomparable: porque ¿cuál de los nacidos del varon y la mujer podria lisonjearse jamas de haber estado libre de la contaminacion de la culpa? María sin duda fué, por tan alto privilegio, incomparablemente mas grande que Adán y Eva sin embargo de su inocencia primitiva; pues con haberla ellos perdido, tuvieron contra sí un cargo terrible y un título de oprobio en aquella gracia, no ciertamente por ella, que era toda hermosura y grandeza; sino por ellos, que arrojándola de sí, la precipitaron en el fango. Por otra parte, nada mas natural en Adán y Eva que la inocencia primitiva, porque siendo una obra de Dios, preciso era que fuesen criados en perfeccion y santidad. Al contrario, nada mas estupendo y milagroso que la primitiva inocencia de María; porque siendo descendiente de Adán culpable, y perteneciendo á la inmensa familia heredera del pecado y sus castigos, necesitaba que Dios decretase especialmente aquella excepcion sublime, para que viniendo de Eva pecadora, no hubiese tenido un momento solo en su purísimo ser aquel distintivo de familia.

5. ¡Mas por qué causa, me diréis, plugo á Dios otorgar á María tan alto privilegio? ¡Qué pruebas hai para convencerse de que tal privilegio es un hecho incontestable? Pasaron, hijos míos, los tiempos en que podian hacerse estas dos preguntas; pues como he dicho, la creencia de este misterio precedió á su consignacion canónica en el cuerpo de los dogmas de la fe; mas estando ligada hoy la creencia con los vínculos consiguientes á tan solemne declaracion, este dogma no puede ya representar ni la duda de la razon, ni el objeto de una controversia legítima. ¡Habló la Iglesia! Sí: habló por

el órgano de su Cabeza visible, habló por los labios de Pio IX; y desde entónces lo que antes podia discutirse con los derechos de todo punto no decidido aún, hoy no puede dudarse, ni tenemos qué hacer como verdaderos católicos, sino emudecer con plena voluntad ante la suprema autoridad de la Iglesia. Sin embargo, para que véais los robustos apoyos que fundaban la piadosa creencia del mundo cristiano ántes de hallarse ligado con una decision dogmática, voi á deciros, no todo, no lo mas, sino algo de lo mucho que sobre este punto hallamos acerca de tal misterio en la historia de la controversia eclesiástica. El extinto Suárez, reputado justamente como una de las primeras antorchas de la Teología, probaba este augusto privilegio de la Virgen Madre con catorce solidísimos argumentos: otro teólogo aducia mas de cincuenta, y de esta suerte el talento se daban la mano para formar de este punto una de las mas fecundas materias de tan elevada ciencia.

6. Si el Angel apellidó á María *llena de gracia*, vosotros conoceréis á primera vista que no la faltó ninguna de las gracias, dones y privilegios con que hasta entónces habia enriquecido el Señor á sus criaturas; y pues en estado de gracia fueron criados los ángeles y nuestros primeros padres, forzoso era convenir en que con las mismas dotes fué concebida la creatura destinada para ser Madre de Dios. Era muy conforme á la dignidad altísima del Verbo, al objeto de su mision en la tierra y al triunfo de su justicia sobre el demonio, que María, en cuyo vientre habia de encarnar, fuese lo mas excelente y puro que pudiese presentar lo criado; que no tuviese el mas leve principio de contaminacion, ni un solo momento, aunque imperceptible, hubiese sido esclava de Satanás. Por otra parte, no es cierto que el destino de María es una obra que empeñaba igualmente la sabiduría, el poder y la bondad de Dios? Luego el plan de su disposicion nada podia tener de deforme; la ejecucion de este plan nada debia dejar que desear, y en todo habia de sentirse íntimamente la caridad infinita de Dios; pues todo esto estaba exigiendo, como luego se advierte, que María fuese concebida sin pecado. Era consiguiente á su Divina Maternidad un predominio sobre todas las creaturas, y por esto es aclamada por la Iglesia como Reina de los ángeles y de los hombres. Ahora bien: como algo se concebe que podria faltar á la plenitud de esta soberanía, si por algún respecto hubiese inferioridad, y la habria respecto de los ángeles que permanecieron fieles, por haber sido criados en estado de gracia y ellos conservádose así, es claro que no faltaria tan alto privilegio á su Reina.

7. Hai más: con la Concepcion inmaculada de la Madre, su Hijo Divino la daba un altísimo lugar entre los redimidos, salvándola á ella de una manera mas excelente que á todos, lo cual sentaba perfectamente bien á la diferencia inmensa de las relaciones de Cristo por una parte con su Madre, y por otra con los pecadores. Era tambien de suponerse la existencia de tal privilegio en vista de ciertas exenciones otorgadas exclusivamente á María, como el no quedar sujeta á los dolores del parto, ni condenada al polvo del sepulcro, ni expuesta en manera alguna al pecado personal. Todo esto fué consecuencia del primer pecado, como bien lo sabéis, y por mi parte os lo he dicho: si pues en María faltó el efecto, no es altamente racional inferir que no existiese la causa? En cuanto al pecado personal, bien sabido es que ninguno de los hijos de

Adán quedó libre de cometerle, por lo ménos en grado leve, y esto hacia decir á San Juan que, "si decimos que no pecamos, nos engañamos á nosotros mismos." Si María pues no pecó, si María no cometió falta, ¿por qué fué, amados hijos, sino porque no vino á la tierra con aquel funesto germen que trae la culpa?

8. Por último, María tiene una plena é íntima relacion con toda la Trinidad Augusta; relacion de todos conocida, de todos reverenciada; relacion que resume todo el culto de María. Cuando os postráis en su presencia, ¿cómo la saludáis? ¿cuáles son los mas bellos títulos que elegís para nombrarla? Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo. ¿Qué títulos! ¿qué nombres! ¿qué conexiones! ¿qué parentescos! ¿qué intimidad! ¿qué unión! ¿qué todo! ¿Cómo pues, hijos míos, esta criatura santa, predestinada desde la eternidad para tan elevado rango, habria sido envuelta en aquella corriente de pecado precipitada sobre el mundo desde la caída del hombre? Si acabada ésta de suceder, fué María lanzada sobre el Dragon como el anátema personificado del Altísimo, para que, oprimiendo y quebrantando con su planta soberana la criminal cabeza de aquel genio de la perdicion, castigase dignamente su crimen, ¿no véis desde aquí anunciada la Concepcion immaculada de María? Aquellas *enemistades* que dijo Dios habia de poner entre la mujer y la serpiente, debian sin duda ser tan absolutas, tan plenas, tan intransigibles, tan constantes, que ni un solo día, ni un momento solo hubieran dejado de existir. Luego la Virgen Madre fué siempre enemiga y nunca jamas amiga del Dragon, siempre vencedora y ni un solo instante vencida del Dragon; y cómo la mancha del pecado nos hace aliados del demonio, súbditos y esclavos del demonio, víctimas del demonio, y puntualmente el Verbo se hizo hombre para sacar á la humanidad entera de aquella alianza, de aquel vasallaje y de aquella esclavitud, clarísimo es que la Santísima María, cuyo primer anuncio fué como la de una enemiga esencialísima del demonio, ni un instante solo imperceptible habia de ser su aliada, súbdita ni esclava, no, ni un momento; sino al contrario, que en ella ser y odiar al demonio, ser y triunfar del demonio, ser y quebrantar la cabeza del demonio, fueron siempre una misma cosa. Luego María fué concebida sin la mancha del pecado original.

9. De esta suerte, amados hijos, el misterio de la Concepcion immaculada nunca dejó de apoyar su creencia con los mas sólidos argumentos. Rindiósele culto de la ciencia, de la piedad y de la grandeza; el corazon de los fieles adivinó este dogma tiernísimo ántes que hablase la Maestra suprema de la fe: el genio de la ciencia tomaba de este dogma brillantes luces que despedia por la tierra, y siglos de controversia no hicieron mas que realzar sus triunfos. La Iglesia de Dios, definiendo el dogma del pecado original, declaró que todos los descendientes de Adán arribamos á la vida cubiertos de tan triste lepra: mas al anunciarse esta verdad por el órgano de los Padres tridentinos, parece que la Inmaculada María se presentó de improviso á las mentes de tantos Pontífices venerables y de tantos sabios ilustres; pues al punto, sin pronunciar ninguna palabra decisiva sobre el misterio, porque no habia sonado aún la hora de que tal sucediese, declararon que la Santísima Virgen María no entraba en su mente al establecer aquella proposicion general; que no habia sido su ánimo, al decir que todos los descendientes

de Adán traian la mancha de su crimen y el reato de su pena, comprender á la Madre de Dios: ¡sublime reserva, que nunca podrá explicarse debidamente por una lengua humana! Algo hubo allí, no hai que dudar, tras de aquellas palabras de tan fácil inteligencia. Desde entónces, hijos míos, quedó iniciada é indirectamente prometida la Declaracion dogmática: el tiempo dió un paso, y la Concepcion immaculada de María quedó por fin canónicamente inscrita en el catálogo de los dogmas. Este glorioso acontecimiento debia ser el privilegio de nuestro siglo; esta nobilísima corona estaba reservada para ceñir la frente de Pio IX; y todos nosotros, á quienes ha concedido el Señor la dicha de presenciar en cierto modo el regocijo de toda la cristiandad por la declaracion de este dogma, hemos celebrado hace tres años, con cuanta magnificencia nos fué posible, la inscripcion de este misterio entre los dogmas de la fe. En aquellos días os comunicué las Letras Apostólicas en que tal hecho se halla consignado, y poco despues os remití mi sexta pastoral de 31 de Mayo de 1855, en la cual os dí las instrucciones y explicaciones convenientes acerca del dogma tiernísimo de la Concepcion immaculada de la Santísima Virgen María. Es pues este misterio un dogma de la fe católica que liga nuestra creencia, enseñándonos que esta criatura, destinada por los decretos de Dios para ser la Madre del Verbo encarnado, fué dispuesta para tan alta mision con el privilegio singularísimo y único de no participar, como todos los descendientes de Adán y Eva, de la mancha del pecado que ellos cometieron. Tal es la mas inefable y augusta de todas las excelencias que distinguen á esta criatura, y la disponen para su divina maternidad, y aquí es donde principalmente vemos el sentido misterioso de aquella palabra con que la saluda el Arcángel Gabriel: *Llena de gracia*. Excusado me parece advertiros que, siendo esta Concepcion immaculada la fuente de todas las perfecciones, el objeto de todas las complacencias de Dios, el motivo de su infinita liberalidad, como sucedió á nuestros primeros padres durante el periodo rapidísimo de su inocencia, la Santísima Virgen María, por solo el hecho de haber sido concebida sin mancha de pecado, reunió en su persona, y en el mas alto grado, todos los dones sobrenaturales que aquellos recibieron del Señor.

II.

10. Mas no nos detengamos aquí, amados hijos: pasemos á meditar lo segundo que dijo á María el Arcángel San Gabriel en estas palabras: *el Señor es contigo*. Ellas indican, como desde el principio manifesté, que aquella Virgen predilecta del Señor no solo reunia en su persona todas las excelencias consiguientes al privilegio de su Concepcion sin mancha, sino ademas la mayor grandeza que ha tenido jamas una pura criatura. Esto quiere decir que María es mas grande que los ángeles y que todos los hombres. Mas, ¿en qué consiste, me diréis, esta grandeza, y cómo distinguirla de sus excelencias mismas? Consiste, amados hijos, en la representacion y lugar que ocupa la

1 Declarat tamen hinc ipsa sancta Synodus non esse sue intentionis comprehendere in hoc decreto, ubi de peccato originali agitur, beatam et immaculatam Virginem Mariam, Dei genitricem.
—*Conc. Trid. Sess. V. Cón. II.*

Virgen Madre entre todas las creaturas de Dios, en el valimiento consiguiente á esta representacion, en el señorío que Dios quiso otorgarla considerando sus excelencias y su destino. Si Dios nuestro Señor, no satisfecho con haber dado al hombre una naturaleza mas excelente que la de todos los seres de que se compone el Universo físico, quiso poner en sus manos el cetro de la tierra y le instituyó rei de todas las creaturas contenidas en el globo que habita, diciéndole expresamente que todas las ponía bajo su dominio; ¿cómo imaginar que María, elevada no solamente sobre la naturaleza física, no solamente sobre la naturaleza humana, sino aun sobre la naturaleza angelica, por las excelencias sublimes é inefables dotas con que plugo al Señor enriquecerla, no recibiría por este mismo hecho un dominio consiguiente á su incomparable superioridad? Le recibí, hijos míos, y tan grande y universal como lo explican estas palabras del Angel: *el Señor es contigo*, y como poco despues lo daban á entender estas otras que salieron de los labios de María en los momentos en que, oprimida, digámoslo así, del sentimiento de su propia grandeza, necesitó para sostenerla, de apoyarse toda en el brazo del Señor. “De hoy en adelante me aclamarán feliz todas las generaciones, pues “ha hecho en mí grandes cosas el Omnipotente:” *Ex hoc beatam me dicent omnes generationes; quia fecit mihi magna qui potens est.*

11. ¿Pero cómo fundar tan singular grandeza en un motivo hasta cierto punto común, como es el contar con la compañía de Dios? ¿No es cierto que Dios está en todas partes por esencia, presencia y potencia; que está en nosotros por gracia, como dice nuestro manual catecismo; que se halla unido íntimamente con todos los justos! ¿No es cierto que la caridad es un vínculo estrechísimo entre Dios y el hombre, y tan estrecho, que mientras ella subsiste, no hai poder capaz de romper esta union, como decía el apóstol San Pablo? ¿No enseñó Jesucristo, Señor nuestro, que por la feliz adopción que hace de los cristianos, vienen éstos á constituir para Dios y el hombre una permanencia recíproca? ¿Qué otra cosa entender de aquellas palabras: “Yo estoy en mi Padre, mi Padre en mí, y yo en vosotros?” ¿No es cierto que la digna participación del Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo importa nada ménos que la mas íntima union entre Dios y el hombre, cuando prometió á quien comiese su Cuerpo y bebiese su Sangre permanecer en él, y viceversa? Sin duda que sí. ¿Cómo pues hacer alto, me diréis, en las palabras, *el Señor es contigo*, dichas por el Angel á María, como significativas de una grandeza singular, cuando esto se concede á tantas almas? Hijos míos, muy de propósito he querido hacerme y esforzarme esta dificultad, pues de aquí tomaré una nueva luz para explicaros la singular grandeza de María.

12. Cuando el Angel del Señor usó de las palabras que quedan dichas, diciéndole á María: *el Señor es contigo*, las empleó sin duda en un sentido singular, las aplicó á María de tal suerte, que ninguna otra creatura pudiera ser comprendida en esta grandeza; se las aplicó á ella en grado eminente; pues aunque Dios está sin duda con todos los suyos, en María lo estaba entónces, como siempre lo ha estado y estará, de un modo muy privativo, de un modo tal, que no puede igualarse con los casos de su presencia común, aun tratándose de sus escogidos. Hai en el idioma ciertas palabras que, aunque comunes, adquieren singularidad cuando designan su aplicacion en un grado exce-

lente. Así por ejemplo, la palabra *sabio* es común á todos los que han reunido un gran caudal de conocimientos entre los hombres; pero cuando se dice simplemente el *Sabio*, todo el mundo entiende que se habla de Salomon, porque Salomon es el sabio por excelencia. De la misma manera, cuando se dice que Dios está en el hombre ó con el hombre, que el hombre está en Dios ó con Dios, &c., &c., se vierte una idea que conviene á muchos, á todos los que se hallan en gracia, y por esto nuestro manual catecismo, preguntando: “¿Qué pedís diciendo: *Venga á nos tu reino?*” responde: “Que esté en nosotros “por gracia y nos dé despues su gloria.” Mas, no damos á entender solo esto, sino mucho más incomparablemente, cuando dirigiéndonos á María con las palabras de Gabriel, la decimos: *el Señor es contigo*.

13. Reconocemos aquí que Dios está por gracia en María; pero ¿con qué gracia! ¿con solo la que difunde en todos sus escogidos! No: pues ninguno de estos tuvo la plenitud de la gracia; á ninguno de ellos pudo decirse nunca: “lleno eres de gracia;” ninguno de ellos estuvo libre de la contaminación de la primera culpa: todos debieron decir y dijeron sin duda con David: “Yo he sido concebido en la iniquidad.” Muy singulares gracias habia hecho Dios ántes, ó hizo despues, á algunos de sus escogidos: notabilísima fué la de haber mandado purificar á Isaías con el carbon encendido, muy singular la de haber santificado al Bautista en el vientre de su madre, excelsa la de haber confirmado á los apóstoles, haciendo descender sobre ellos á su Espíritu Divino; mas nada de esto basta para establecer aquella misteriosa plenitud encarecida por el Angel. Dios quiso sin duda mostrar á la faz de los cielos y la tierra, en la misma distribucion de sus gracias, como lo advirtió un célebre orador, la inmensa diferencia que habia entre sus favorecidos y su Madre, entre los súbditos y la Reina; y por esto, aunque está por gracia tanto en los unos como en la otra, lo está, hijos míos, en la Virgen Santísima de un modo mucho mas noble, mucho mas excelente y sublime que en todos los justos, y por esto mandó que se la proclamase por un heraldo del cielo, por uno de los siete príncipes que rodean su Trono, llena de gracia é inmediatamente asistida por el Señor: *Dominus tecum*. De esta suerte véis cómo la plenitud de la gracia es el fundamento mismo de su grandeza; y aquella luz de la Divinidad que se refleja en su alma, no solamente la presenta como un trasunto de la santidad de su Divino Autor, sino que la ostenta rodeada con el esplendor de la magestad. Ella, hijos míos, os he dicho que es mas grande que los ángeles, y esto me está obligando á dar un segundo paso en esta piadosa meditacion.

14. Si los ángeles rodean el Trono del Cordero, si le prestan una asistencia inmediata, si derraman en torno de su Sóllo el aroma puro de la alabanza; María, para ser su Reina, necesitaba en verdad una comunicacion de poder, una grandeza superior en todo sentido á todas las gerarquías de los ángeles, y la tiene, sin duda, hijos míos. ¿Pero de dónde nace? De las relaciones mas íntimas de esta Virgen privilegiada con toda la Trinidad Augusta. Ella es Hija de Dios Padre, y es Madre de Dios Hijo, y Esposa de Dios Espíritu Santo. San Buenaventura, queriendo manifestar lo singular é íntimo de las relaciones de María con Dios Trino y Uno, dice: “Es el Señor Padre, de quien María es la Hija nobilísima; es el Señor Hijo, cuya Madre dignísima es María; es el Se-

“ñor Espíritu Santo, cuya justísima Esposa es María: es el Señor Dios Trino y Uno, cuya rendidísima esclava es María.

15. Sin duda alguna que todos somos hijos de Dios, pues como dice el Evangelista San Juan, debemos al Mesías el poder de llegar á ser hijos de Dios, y nos ha otorgado el permiso de llamarnos sus hijos y reconocerle como á nuestro Padre. Pero María es Hija de otra manera; es decir: es la Hija por excelencia, que fija de continuo todas las delicias de su Padre celestial; Hija única, la cual constituye por sí sola una clase aparte entre todas las hijas de Dios: es Hija suya, no solo por pertenecer al número de los seres creados, no solo por ser Dios Aquel de quien viene toda paternidad en los cielos y en la tierra, sino por su predestinación eterna y maravillosa creación para ser en el tiempo Madre de su Hijo Unigénito. Estas relaciones naturales entre María y Dios Hijo, pues como adelante veremos, ella es verdadera Madre de Dios, la entrecen, digámoslo así, con el Eterno Padre de un modo muy diverso y mas excelente sobre toda comparación que á los ángeles y á los hombres.

16. ¿Y cómo encarecer la grandeza y representación de María en calidad de Madre? Lo es tan propiamente de Dios, que la Iglesia católica se levantó en masa, digámoslo así, contra los herejes sacrílegos que rehusaban á esta criatura predilecta un título tan elevado y digno como propio suyo. Ahora bien, hijos míos: recorred con vuestro espíritu la dilatadísima escala de los seres; visitad aquellas gerarquías altísimas de los Angeles, Arcángeles, Querubines, Serafines, Tronos, Dominaciones, Principados y Potestades; y bajando luego á la tierra, considerad atentamente uno por uno á los Patriarcas, Profetas, personajes insignes y mujeres fuertes de la antigua Lei; á los Apóstoles, á los Mártires, á los Confesores y Doctores, á las Vírgenes y á todos los Santos de la Lei nueva: ¿dónde encontraréis esta relación de María como Madre de un Dios? En ninguna parte: solo ella tiene este privilegio; solo ella fué la predestinada para tan alta misión en la tierra; solo ella es verdadera Madre de Dios. ¡Oh qué relación tan maravillosa! ¡Oh qué vínculo tan estrecho! ¡Oh qué unión tan indisoluble! ¡Oh qué grandeza tan incomparable!

17. ¿Pero de qué manera llegó esta excelsa Virgen á ser verdadera Madre de Dios? ¿Acaso segun el orden de la naturaleza? No, ni pensarlo; lejos de nosotros idea tan absurda. La naturaleza en esto no pasa de María, y con no pasar de María, la naturaleza es excedida en todo y por todo; y María, dando el ser humano al Verbo Divino con la sangre de sus venas, no asoció á creatura alguna, y por lo mismo es Madre de Dios en el misterio. Jesucristo su Hijo es verdadero Hombre, en esto no hai duda: siendo verdadero Hombre, tuvo toda la naturaleza humana; esto es igualmente cierto: habiendo tenido la naturaleza humana, la sacó toda de María, esto es incontestable, porque en las entrañas purísimas de esta Virgen encarnó. Pero no pasemos de aquí: hasta aquí llegó la naturaleza: más allá el dogma; mas allá el misterio; mas allá lo que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni pasó á hombre por pensamiento; mas allá un medio de acción tan elevado, tan excelso, tan sublime, tan esencialmente divino, tan único, que vence á la inteligencia angélica y á la inteligencia humana. ¿Cómo es pues María Madre de Dios? Por obra del Espíritu Santo. En el momento mismo en que, pidiéndola Gabriel su consen-

timiento de parte del Altísimo, se desprendió de sus labios aquel *fat*, mil veces mas fecundo que el que sacó al mundo de la nada, sucedió á la letra lo que aquel mensajero celestial acababa de decir. El Espíritu Santo descendió sobre la Virgen. . . . La virtud del Altísimo la cubrió con su sombra. La segunda Persona de la Trinidad fué concebida, encarnando en aquellas entrañas santísimas. El Verbo de Dios pasó á ser Hombre sin dejar de ser Dios, y la Virgen de Nazaret pasó á ser Madre sin dejar de ser Virgen. Siéndolo empero, como acabamos de ver, por obra del Espíritu Santo, María fué su Esposa y el objeto de sus complacencias: en ella puso sus delicias: la trajo, digámoslo así, como el regalo de boda, toda la inefable riqueza de sus dones; la mostró con la régia vestidura de sus virtudes, y puso en ella, como otras tantas fuentes, aquellas delicias supras que hacen probar sus frutos. “El Espíritu Santo, “decía con tal motivo en otro tiempo uno de los Padres de la Iglesia, descendió á la “Virgen con todas sus virtudes: esenciales que le corresponden á causa de su divino “Principado, llenándola de gracia, para que en todas las cosas fuera graciosa.” Si Asuero, prendado de las gracias y recomendabilísimas prendas de Esther, la dijo en la embriaguez de su amor: “Esther, ¿qué es lo que deseáis? estáis segura de que, si me pidiérais la mitad de mi reino, te sería desde luego concedida;” ¿qué diríamos del Santo Espíritu respecto de María, cuando ninguna proporcion hai entre Dios y el hombre ni por el carácter, intensidad y pureza de los afectos, ni por la distribución de los dones, ni por los vínculos propios del amor? ¿De qué expresiones podría servirme, ni qué comparaciones pudiera emplear; para daros á entender de algun modo aquella correspondencia de amor y sus felices y maravillosos efectos? Cuánto leemos en el misterioso Libro de los Cantares de más tierno, de mas fíntimo, de mas expansivo y de mas fecundo en el orden de los sentimientos, puede aplicarse á María, verdadera Esposa mística, verdadera Esposa de un Dios, digna Esposa de un Dios, pues que la dignificó para que lo fuese.

18. Ved pues, hijos míos, cómo María es Hija de Dios Padre de un modo mas excelente y noble que los ángeles y los hombres, de una manera muy singular y única; cómo es verdadera Madre de Dios Hijo, y este título, prevenido con todas las excelencias de la naturaleza y de la gracia, la encumbra infinitamente, digámoslo así, sobre todas las creaturas; cómo es verdadera Esposa de Dios Espíritu Santo, y poseedora por excelencia de sus dones y sus frutos como el tierno objeto de su amor: ved pues, os diré, volviendo á mi punto de partida, qué importaban estas palabras del Angel á María: *el Señor es contigo*. Importaban, hermanos carísimos, tal union con el Ser Eterno, tal vallimiento con el Ser Omnipotente, relaciones tan íntimas con el Creador del cielo y de la tierra, que ellas mismas estaban indicando la mas elevada grandeza que puede haber en una creatura, y por una lei de forzosa consecuencia el mas extendido poder que somos capaces de concebir en la misma línea. ¿Qué rehusará, decidme, el Padre celestial á esta Hija llena de gracia? ¿Qué rehusará el Hijo á esta Madre llena de santidad? ¿Qué rehusará el Espíritu Santo á esta Esposa preparada en la sabiduría y predilección de un Dios con todas las excelencias que requería la dignidad altísima de Madre suya? Nada ciertamente: toda la Trinidad, hijos míos, está, por explicarme así, tan dulcemen-

te ligada con el amor de esta Virgen, que no se concibe ni mal que por su mediación poderosa no desaparezca, ni aflicción que no consuele, ni gracia que no otorgue. No rehusará escuchar sus rendidas súplicas la primera Persona; porque María es la mas tierna, la mas agraciada y noble de sus creaturas, y su Hija por excelencia: no lo rehusará el Hijo; pues la humanidad que tiene, la sacó precisamente de las entrañas puras de la Madre, y la Sangre que derramó por la salud del mundo, corrió primero por las venas de María: no lo rehusará el Espíritu Santo; pues le ha otorgado sin reserva todos sus dones y todos sus frutos, como prenda de su amor.

19. Y qué, amados hijos, ¿no hai alguna cosa en la historia de su maternidad divina que pueda considerarse como una especie de promesa de otorgarlo todo por la mediación de María? La circunstancia de estar llena de gracia era bastante para producir la fe de esta mediación; la circunstancia de estar el Señor siempre con ella, es un fundamento sólido de la esperanza de alcanzarlo todo por su medio: mas cuando sobre todo es apellidada por el Angel: *bendita entre todas las mujeres*, todos nosotros, los que tenemos la dicha de ser y llamarnos hijos de María, tenemos ademas una especie de promesa, pues tal bendición es un argumento de felicidad. Vengamos pues á este último punto.

III.

20. Las bendiciones de Dios, hijos míos, fuera de su carácter esencial, que es la bondad infinita de Dios, quien sin méritos absolutos de nuestra parte, las otorga sin embargo para muy altos fines, tienen de parte de la humanidad otros dos caracteres que deben ser muy bien meditados. ¿Cuáles son estos caracteres? Primero, la santidad propia de la persona en quien tales bendiciones recaen; segundo, la trascendencia de ellas al resto de los hombres, es decir: los motivos personales que mueven á Dios para bendecir, y los efectos universales de las bendiciones hechas. Bien habréis notado en mi precedente instrucción cómo renovaba Dios á la humanidad sus promesas de un Redentor precisamente bendiciendo á las personas que las habian merecido, y refiriendo sus efectos á toda la especie humana. “Serás bendito, dijo á Abraham, y todas las naciones “del universo lo serán en tí.” El mismo concepto está representado en la bendición de Isaac, de Jacob, de Judá y de David; y la historia nos dice que en las respectivas épocas tales personajes eran muy distinguidos por sus virtudes. Siguese de aquí rectamente, que las virtudes propias son el motivo mas poderoso para inclinar la divina gracia en favor de los hombres, atrayendo hácia ellos las bendiciones de Dios, y que estas bendiciones trascienden al bien de todos los demas. Contrayéndonos pues á María, vemos desde luego que, si ella fué bendita entre todas las mujeres, es porque poseyó en grado incomparablemente mayor que la humanidad entera todas las virtudes, mereciendo por lo mismo una bendición singular, solemne, gerárquica, única en su género, la cual hubiese de presentarla como la mas santa, la mas poderosa, y por tanto, la Reina de todas las criaturas. Si María fué bendita como Hija del Padre; nosotros estamos asociados á esta bendición con el vínculo de la fraternidad, pues aunque de diverso modo, reco-

nocemos por Padre á la primera Persona de la Santísima Trinidad: si María fué bendita como Madre de Dios Hijo, sucede lo mismo respecto de nosotros, pues que somos por la naturaleza humana, hermanos de nuestro Señor Jesucristo, y por la adopción de la gracia y sus efectos, herederos del Padre y coherederos de Cristo, y por el gran Testamento de Cristo en la Cruz, hijos tambien de María: si María fué bendita como Esposa del Espíritu Santo, y ella es nuestra Madre; el rico patrimonio de los Dones divinos que recibió ella en calidad de Esposa, es un tesoro fecundo para toda la humanidad. Ved aquí cómo entiendo yo, y cómo podéis entender esta bendición otorgada por Dios á María, y estas palabras con que dió término el Angel á su salutación misteriosa: “Bendita tú entre todas las mujeres!” *Benedicta tu in mulieribus.*

21. Si yo quisiese, amados hijos, ensayar aquí la demostración del primero de estos conceptos, poniendo á vuestra vista una por una las virtudes excelentes de la Virgen Madre, no acabaría: asunto es este que ha inspirado á los genios mas ilustres del cristianismo, á los oradores mas elocuentes de la Iglesia, á los mas elevados números de la poesía religiosa. ¿Qué podría decir de su fe, cuando esta divina virtud era la vida misma de aquella privilegiada criatura, y por tal virtud se hallaba de continuo en íntima comunicacion con el cielo? ¿Qué os diré de su esperanza, cuando ella misma templó en el divino poder la sublime lira con que cantó su propia felicidad? ¿Qué os diré de su amor, desprendido en masa, digámoslo así, de sus purísimos labios para volar al cielo, en la primera palabra de aquel himno sublime con que quiso expresar su reconocimiento al Dueño único de toda la alabanza? ¿Qué os diré de su prudencia, manifiesta en su conducta misma para con el Angel, en aquella misteriosa reserva con que escucha el anuncio divino? ¿Qué os diré de su justicia, cuando es toda de Dios y es toda para el hombre? ¿Qué os diré de su fortaleza, que sostuvo tan admirablemente la manifestación de su gloria y el incomparable martirio de la Pasión y Muerte de su Hijo? ¿Cómo encarecer la castidad é inefable pureza de una criatura que no consintió en ser Madre de Dios, sino cuando supo que esto se verificaría por obra del Espíritu Santo, y quedando ella siempre Virgen? ¿Dónde está el entendimiento capaz de ponderar y la palabra capaz de encarecer la humildad suprema de María? Mirad cómo expresa su consentimiento para ser Madre de Dios. “Ved aquí la esclava del Señor: hágase en mí segun tu palabra.” ¡Oh rendimiento inefable! ¡oh acto sublime, que asocias misteriosamente la mas alta grandeza y la mas absoluta abnegación! ¡oh humildad excoelsa, nunca presentada hasta entónces en tan alta categoría ni con dimensiones tan inmensas entre los hombres!

22. Ved aquí, amados hijos, los preciosísimos frutos de aquella gracia primera que otorgó el Señor á María, exceptuándola, á ella sola entre todos los hijos de Adán y Eva, de la triste herencia de la culpa: ved aquí á la Eva magníficamente restaurada en la Mujer fuerte, en la Virgen Santa, en la Immaculada María: ved á esta Virgen excoelsa levantar su magestuosa frente, como la gallardísima palma entre los lirios de los valles, como la esbelta y agraciada torre entre los edificios de los hombres, como la Reina, entre las vírgenes que le hacen su corte, y oprimir y quebrantar con su planta la soberbia cabeza de aquella serpiente maldita que hiciera morir con la inocencia la gracia, la ventura y la gloria en el delicioso Eden: vedla inexpugnable como una fortaleza pode-

rosa, y triunfante, como un ejército fuerte y disciplinado, rendir y avasallar á todos los enemigos del espíritu, y ostentar toda la serie de sus eximias virtudes como gloriosos trofeos de sus victorias, y comprenderéis muy bien cómo el carácter moral de aquella Virgen era en la tierra y para el cielo un irresistible imán que atraía las bendiciones del Altísimo. ¡Y no más! Sí: más, mucho más, maravillosamente más todavía: un canal bendito para santificar á toda la tierra; un riego feliz para extender las virtudes por el orbe como otras tantas generaciones de la santidad de María; unas bendiciones, hijos míos, que sin faltar un instante solo ni perder un solo ápice de la Virgen bendita, pasan á toda la delinente humanidad para salvarla del antiguo, universal y funesto contagio de la culpa; subsisten en esta misma humanidad ya redimida, pero débil y engolfada en el insondable peñal del mundo, erizado de escollos, para librarla del naufragio. Sí, María es bendita entre todas las mujeres, no solamente por ser la Reina de todas las virtudes, sino también la fuente criada por Dios para convertirla en depósito de todas sus gracias.

23. ¡Habéis puesto, hermanos míos, toda vuestra atención en ese Panegírico mariano, esa obra maestra de la mas inflamada elocuencia y de la mas rica poesía, ese preciosísimo tegido de alabanzas y de gloria consagrado por la Iglesia nuestra Madre al culto de María? Si al rezar la *Letania Lauretana* no habéis hecho alto en la sublimidad de su conjunto y en la maravillosa economía de sus partes, por muchos discursos que hayais oído, puedo aseguraros que no habéis escuchado todavía el verdadero panegírico de la Virgen Madre. Comiéznase invocando la Trinidad Augusta, profesándose este dogma sacrosanto y el de la Encarnación del Verbo; é inmediatamente el nombre de María figura en su lugar propio, para que todos entendamos que, despues de Dios y Jesucristo Dios y Hombre, no existe nada ni mas excelente y digno, ni mas grande y poderoso, ni mas encumbrado y excelso que María. Y pronunciando este nombre tierno, siguen las glorias de tan esclarecida criatura. ¿De dónde parten estas glorias? Del altísimo destino que le asignó desde la eternidad el Señor, de su divina Maternidad: *Sancta Dei Genitrix*. ¿Cuál es el noble distintivo de esta relacion misteriosa y de este augustísimo rango? Aquello que uno de sus mas tiernos admiradores señalaba como único en su género, diciendo, que ni habia tenido semejante, ni tuvo despues imitacion: el ser Madre sin dejar de ser Virgen: título excelso que la coloca en el trono de la virginidad, en el cual se la saluda como Virgen de las vírgenes: *Sancta Virgo Virginum*; y que la asocia con el vínculo mas respetable y mas estrecho con el Redentor del género humano: *Mater Christi*; y que la convierte en una fuente de gracia que se fecunda y multiplica, dando á María en este orden divino cierta especie de maternidad: *Mater Divinae Gratiae*. Por esto es aclamada por la Iglesia la Madre por excelencia, que ha reunido en el mas alto grado la pureza, 1 la castidad, 2 la inmunidad y exención de toda culpa, 3 la limpieza original y siempre constante; la ternura y amabilidad en altísimo grado, 4 el portento de todos los portentos, 5 no solamente por sus perfecciones, sino también por

1 Mater purissima.—2 Mater castissima.—3 Mater inviolata: Mater intemerata.—4 Mater ambigua.—5 Mater admirabilis.

haber dado el ser segun el tiempo al Criador 1 y Salvador del mundo. 2 La virginidad, que en sí misma reúne tantos títulos y atrae tantos respetos, figura en la Madre de Dios con los reales de las mas elevadas virtudes, y todos los esplendores de la gloria. Es María la Virgen de consumada prudencia, de una prudencia probada en el mas puro crisol, en la ocasión mas solemne, en una situación única en la historia de las grandezas y de los sentimientos. 3 Es María una Virgen, no solamente honrada con los respetos debidos á este estado, sino venerada positivamente, aun durante su vida mortal, de los mismos Angeles; pues Gabriel, como habéis visto, la dió con su acatamiento señales de veneracion muy profunda. 4 Es María el objeto por excelencia de la mas grande celebridad y de todas las glorias: ella misma se presiente pasar al través de los siglos entre la admiracion y alabanza de todas las generaciones: *Eccce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes*; y este concepto, que virtió en presencia de Isabel, tuvo mas tarde un eco sublime en la voz de la Iglesia católica, en aquellas palabras con que presenta como un objeto digno de todos los elogios á la Virgen Madre. 5 María es una Virgen, que no solamente atrae con todas las gracias, sino también enfrenta con su poder á los enemigos del espíritu, y sostiene á todos los hombres. 6 Ella, colocada entre el cielo y la tierra, entre Dios y la humanidad, es aclamada con unos títulos que parecen manifestaria como el mas estrecho de todos los vínculos: para los hombres es toda caridad, compasion, misericordia, clemencia; 7 para Dios es toda fidelidad. 8 En ella se halla el tipo de toda justicia, 9 y está erigido el Trono de la Sabiduría Eterna, 10 y están recopiladas todas las prendas de la naturaleza y todas las virtudes de la gracia. 11 Como la flor hermosa de los campos, atrae con su belleza y regala con el aroma de sus virtudes á toda la Iglesia. 12 Como una elevada torre, sorprendente á la par por las alturas hasta donde se encumbra y por la ebúrnea tersura de su tez, 13 ó como un palacio magnífico formado de oro puro, representa juntamente todos los primores de la naturaleza, todos los esmeros de la gracia, toda la grandeza del mas alto destino. 14 Encerrando en sus entrañas al Unigénito del Padre, une con indisoluble lazo el cielo y la tierra, la eternidad y el tiempo, la Divinidad y la humanidad, y por este vientre agraciado la saluda la Iglesia toda como la Arca de la Alianza. 15 Por ella entró el Verbo de Dios en el mundo, y este Verbo, como camino, salud y vida, personifica la felicidad y el cielo: María pues fué ya desde entónces el sublime y único pórtico de la inmortalidad. 16 Desde que fué concebida, despidió los resplandores de la Luz eterna, y ella por su doctrina fué sin duda el astro precursor del Astro Eterno, fué el crepúsculo de la Luz del mundo, y por esto la miramos resplandecer, con todas las emociones del júbilo y del consuelo, como la estrella de la mañana. 17 Ella vino á restaurar cuanto por la primera culpa se habia arruinado, y fué la medicina para todas las enfermedades de la humanidad, 18 y el Angel de consuelo para todos los afligidos, 19 y la poderosa egida que cubre á cuantos militan en la tierra bajo el estandarte de la Cruz. 20

1 Mater Creatoris.—2 Mater Salvatoris.—3 Virgo prudentissima.—4 Virgo veneranda.—5 Virgo predicanda.—6 Virgo potens.—7 Virgo clemens.—8 Virgo fidelis.—9 Speculum justitie.—10 Sedes Sapientie.—11 Vas spirituale: Vas honorabile.—12 Rosa mystica.—13 Turris Davidica: Turris eburnea.—14 Domus aurea.—15 Federis arca.—16 Janna celi.—17 Stella matutina.—18 Salus infirmorum.—19 Consolatrix afflictorum.—20 Auxilium christianorum.

24. Ved pues, hijos míos, á María sentada en el trono, y ved postrada al pié de este trono la inmensidad de la creación en los cielos y en la tierra. Los Angeles la admiran como á su Reina; 1 los Patriarcas la desean como á su esperanza; 2 los Profetas la predicen como portadora de la salud y la gloria; 3 los Apóstoles caminan bajo su magisterio á evangelizar la paz y á evangelizar el bien; 4 los Mártires ponen la vista en su excelso trono, ántes que la garganta bajo la cuchilla del verdugo; 5 los Confesores la invocan á cada paso como la fuente de toda luz, y el tipo de toda virtud, 6 las Vírgenes colocan en el tiempo, bajo la cubierta de su misterioso tálamo, la delicada flor que han consagrado á Jesucristo; 7 en suma, todos los justos en la tierra y todos los santos en el cielo la llenan de bendiciones y alabanzas, y rinden el mas cumplido vasallaje á su soberanía con las mas vivas efusiones de su amor. 8

25. ¡Qué mas os diré? Nada, hijos míos: por mucho que yo dijese, me quedaria siempre muy abajo de mi asunto. ¡Ni qué podré yo decir, pobre mendigo, que de todo carezco, en elogio de la Reina! Nada, hijos míos, sino repetir á esta Inmaculada Criatura con el triple acento de la fe, la confianza y el amor, aquellas palabras del Angel, que son al mismo tiempo la excelencia de su gracia, el carácter de su grandeza y el título de su gloria: "Dios te salve María: llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita tú entre todas las mujeres." *Ave Maria, gratia plena; Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus.*

1 Regina Angelorum.—2 Regina Patriarcarum.—3 Regina Prophetarum.—4 Regina Apostolorum.—5 Regina Martyrum.—6 Regina Confessorum.—7 Regina Virginum.—8 Regina Sanctorum omnium.



PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMASEXTA INSTRUCCION.

SOBRE EL MISTERIO DE LA ENCARNACION DEL VERBO DIVINO EN LAS ENTRAÑAS DE MARIA.

Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.

El Verbo se hizo carne, y habitó en medio de nosotros.—*Joann. cap. I, v. 14.*

PREPARADA, como lo está con mis tres últimas instrucciones, la explicacion doctrinal sobre la Venida de nuestro Señor Jesucristo al mundo á desempeñar la mision de misericordia y salud que recibió de su Eterno Padre, para restituir á toda la humanidad á la vida de la gracia, puedo ya, hijos míos, dar principio á esta santísima y provechósima enseñanza. Habéis visto al hombre salir de las manos de Dios perfecto, limpio, dichoso, poseedor de las gracias del cielo y de las riquezas de la tierra; favorecido con altísimos dones, exento de la corruptibilidad y dotado de una vida constante y perpetua: habéis visto igualmente cómo, cediendo á la tentacion que le puso ángel de las tinieblas, quebrantó el mandamiento de Dios, rompió su alianza con él, fué destituido de la gracia primitiva, decayó lastimosamente en su misma naturaleza, quedando su cuerpo sujeto al dolor y destinado á la muerte, su razon avasallada vilmente al apetito sensual, y todo él precipitado en los abismos de los vicios por el ímpetu feroz de las pasiones. Considerando tan lamentable estado en sí mismo y en sus relaciones con la esperanza, palpasteis en cierto modo la impotencia extrema y absoluta de la humanidad para reconciliarse con Dios, volver á la gracia y reconquistar sus derechos á la gloria; y